

# Capítulo I

Los primeros rayos del amanecer empezaban a rasgar el oscuro manto en que la noche había cubierto la bahía de Puerto Almendros, un pequeño lugar, en el cuál, olvidado casi por completo por las autoridades españolas, se fraguaban, desde hacia un tiempo atrás, toda una serie de importantes acontecimientos, los cuáles estaban ocultos detrás de una misteriosa niebla de silencio.

Con la llegada de la ansiada aurora y desde la alta cima de la montaña que dominaba el puerto, la cuál daba su nombre a la misma bahía, un ser meditaba mientras observaba el ascenso del sol en el horizonte. Reflexionaba haciendo toda una serie de cálculos y posiblemente soñando, que podría conquistar en alguna de las naves, que con suerte saldrían de ese lugar en busca de aventuras, ¡alguna nueva ilusión! Ese era su sueño, y el que lo había motivado a recorrer tanta distancia para poder hacerlo realidad.

— ¡La espesa jungla ha quedado atrás! —se decía a sí mismo. Sin embargo, la verdadera selva estaba bajando esa montaña, de dónde apenas se lograban percibir algunas luces de las antorchas que eran sacudidas de un lado a otro por el viento.

Al guardar la frazada que lo cubrió durante toda la noche a un lado de su montura, quedó en descubierto un personaje de unos cuarenta años y de una complexión muy imponente. Su fisonomía era soberbia. Bastante alto, y de un fuerte rostro en el que cobijaba unos ojos medianos los cuáles mostraban siempre una mirada colérica. Bajo su nariz perfilada se le podía observar una boca pequeña en la que lucía un cuidado bigote. Vestía una camisa negra que estaba manchada con el rocío del amanecer y de dónde se podía descubrir todas las inclemencias por las cuáles había pasado en su viaje. Su pantalón negro prácticamente se confundía ya con el color del barro de la zona al igual que sus largas botas. Montaba un hermoso y brioso caballo negro que reflejaba en su andar la agilidad y la fuerza, a la que se le complementaba una magnífica cabalgadura en la que lucía en ambas partes de ésta, un escudo incrustado con una enorme águila. A pesar de la suciedad que exhibía nuestro personaje, el arma en el cinto, así como su espada, iban relucientes, sinónimo del orgullo que por ellas él sentía.

Tenía en ese momento en sus fuertes manos, el sombrero de ala ancha de color también negro y de dónde sobresalía una gran pluma blanca hacia un lado.

Luego de haberse colocado su sombrero y secado un poco su rostro con sus manos torneadas por el ejercicio de la guerra, azuzó a su corcel de dónde se hallaba para emprender su último descenso y entrar así en la pequeña aldea.

Su entrada no fue detectada por nadie, a excepción de unos flacos perros quienes aún soñolientos le reclamaban con sus aullidos el haberlos despertado.

Atravesó toda la solitaria calle principal sin detenerse, dirigiéndose finalmente a un pequeño abrevadero que al fondo sobresalía y el cual era usado por la mayoría de los habitantes como una especie de fuente o surtidor para obtener agua dulce sin necesidad de ir hasta el río.

Una niña que estaba recogiendo agua despreocupadamente en un cántaro en el preciso instante en que el extranjero se estaba acercando, al determinarlo, la fuerte impresión hizo que se le cayera dentro de la fuente. El miedo se le reflejaba en sus ojos,

no obstante, empezó a realizar todo lo posible por recuperarlo para poder alejarse así del lugar lo más rápido posible. Sin embargo, quedó totalmente paralizada cuando el forastero detuvo su caballo delante de ella

— ¡No temáis mi pequeña amiga, que no pienso haceros ningún daño! —le dijo aquel. Lo único que busco saber, es sí en este olvidado lugar, existe algún sitio en dónde pueda darme un baño, tomar algún alimento caliente y descansar de mi largo viaje.

— ¡Todo junto forastero, no hay! —Pero podéis descansar y llenar vuestro estómago en la fonda de Manuel, y si tenéis un poco de suerte, quizás él os permita por unas cuantas monedas su tina, la que le fue traída desde España, de lo contrario, tendríais que ir al río adonde se lava la ropa para realizar vuestra extraña costumbre —le repuso la niña un poco más tranquila.

— ¡Comprendo! ¿Y en dónde queda esa fonda de la que habláis? —le preguntó.

— ¡Solo andaos hasta la casa de alto que veis al fondo de esta calle, no podéis perder- te! —le repuso al tiempo que se la señalaba con su mano extendida.

—Os agradezco vuestra gentileza pequeña, más olvidaba algo importante, ¿sabéis dónde puede quedarse mi fiel compañero? —le preguntó mientras acariciaba el cuello del animal.

— ¡Oh! —Eso es más fácil, puede que le hagan sitio dónde el herrero del pueblo. Si lo deseáis mi señor, dejad a vuestro fiel amigo sin temor atado afuera de la fonda, que yo en cuanto deje esta jarra en manos de mi madre, iré rauda a atender a vuestro com- pañero —le contestó.

—Os quedaré eternamente agradecido si lo hacéis, más tomad esta moneda por vues- tra molestia —y acto seguido tomó rumbo hacia el lugar señalado por la pequeña.

De un salto bajó de su caballo al llegar al sitio antes mencionado y queriendo como justificar el lugar adonde se había detenido, lo observó y lo estudió atentamente.

Con su fuerte voz llamó y al rato aparecía la cabeza de un anciano, de piel quemada por el sol a través de tantos años de exponerla. De ojos grandes y conformista mirada, lucía un camisón largo, blanco amarillento, en dónde se le marcaba la delgadez de sus extremidades.

—Necesito un lugar para reponer mis fuerzas y me han dicho que es aquí dónde lo puedo hacer —le adujo el forastero.

—Claro noble caballero, pasad a ésta vuestra humilde posada, en donde se os aten- derá como si fuereis un rey. ¡Pasad, pasad por favor!

El lugar era un poco sombrío, descuidado y bastante polvoriento. Tenía varios apos- entos, los cuáles no todos estaban ocupados, sin embargo, el forastero se decidió por uno de los que estaban abiertos y no por los cerrados.

— ¡Quiero éste!

— ¡Oh milord! ¡Disculpad, pero éste ya ha sido tomado desde hace mucho tiempo, seguidme por favor y os mostraré el mejor! —le repuso el fondero.

— ¡Dije éste! —Así que sacad todo lo que no va con el aposento —sentenció el foras- tero.

—Pero milord, comprended que...

— ¡Éste! —le dijo el forastero al tiempo que le sujetaba con su mano la garganta, la que empezó lentamente a apretar hasta comenzar a desorbitarle los ojos al asustado fondero, que cuando sintió que ya casi no podía respirar, empezó a gemir por piedad.

Fue entonces cuando el forastero lo liberó y simplemente aguardó a que el fondero recogiera todas las cosas que no pertenecían al cuarto y cuando éste terminó, le solicitó que le permitiese usar la tina para darse un baño.

El fondero, quién aún sentía la dura mano en su cuello, no le quiso poner ninguna objeción y casi al poco rato el forastero tenía la tina que unos indios le trajeron rápidamente, la cual empezaron a llenar con varios baldes con agua caliente que algunas indias traían.

Después de haber tomado el baño, nuestro personaje se acostó en el tálamo de paja e intentó meditar, más el cansancio le fue cerrando sus párpados y sin darse cuenta cayó profundamente dormido.

Mientras tanto el fondero corrió a esconderse en su habitación y al cerrarla, oyó detrás de él:

— Por todos los cielos, ¿qué os sucede Toti? ¡Tal parece por el semblante que lucís, que os hubieseis enfrentado a un fantasma o un demonio!

— ¡Es peor que ellos dos juntos querida! —le repuso nerviosamente mientras se frotaba sus manos. Un forastero nos alquiló una habitación y a fe mía, que nos va a traer problemas.

— ¡Oh vamos! —Sin duda alguna exageráis —le repuso con una suave voz.

— ¿Exagerar? —alegó el fondero. Si ese caballero me sacudió como si fuese una simple rama ante un huracán y su penetrante mirada, se asemejaba a las centellas que brillan en una tormenta. Realmente, es... ¡es el propio demonio! —Más como vos querida esposa, sólo lo pasáis descansando o cuchicheando con las otras viejas, no podéis saber de lo que os hablo.

—Mejor idos de aquí, estáis delirando —replicó la mujer. Además, voy a vestirme y quiero privacidad y sentándose en la cama con un espejo, empezó a peinar su cabello, el cuál no era muy largo, pero sí muy abundante.

Observaba su rostro perceptiblemente ovalado en dónde sobresalía su blanca tez similar a la nieve, sus pequeños verdes ojos contrastaban con su cutis, dándole a éste, a falta de tintes especiales una marcada palidez cadavérica. Su boca mediana, mostraba unos labios muy agrietados y escarapelados a consecuencia del exceso de rayos de sol, característicos de los lugares tropicales, por esa razón ya tenía varios días de no poder salir a su acostumbrada vuelta en la gran plaza y eso le enfurecía sobremanera dado que Toti, quién era su esposo, era un anciano senil que le doblaba su intermedia edad además que no le podía satisfacer sus degenerados instintos sexuales que ella poseía.

Doña María como se llamaba, alternaba pues, sus vueltas en la plaza con la atención de la fonda de su esposo, de la cual él casi nunca salía por ser su dadivosa fuente de ingresos, circunstancia que motivó que doña María fijara su atención en el anciano, quién torpemente creyó que lo que sentían por él, era un verdadero amor. Sin embargo, a pesar que había descubierto tardíamente que no era como lo pensaba, callaba y prefería auto engañarse, continuando de esa manera, siendo la burla de todo Puerto Almendros, dado que la mayor parte de los varones que se reunían en la taberna, que, dicho sea de paso, también pertenecía a don Manuel, a espaldas de éste, se comentaban entre sí, si doña María se había fijado en un nuevo gentilhomme, pues ella alegaba que no se codeaba con la plebe. Irónicamente, las mujeres de la sociedad de ese lugar evitaban el tener que dirigirle la palabra debido a su conocida reputación, aun-

que por las circunstancias establecidas de estar unida a uno de los hombres más respetados del pueblo, no les quedaba otra alternativa que hablarle.

La posada de don Manuel constaba de diez arregladas habitaciones, que sumada a las de él y su esposa hacían las doce. Sencillamente acabadas, cada habitación constaba de su cama con su colchón de paja, una sábana, un pequeño armario adonde el huésped guardaba sus pertenencias, una pequeña mesa con su respectiva silla y una palangana con un destartalado pichel en dónde se mantenía el agua.

La habitación que ocupa nuestro personaje, estaba en la planta alta y vendría a ser la que tenía mejor vista en otras circunstancias, dado que las actuales tenía como paisaje un frondoso árbol, de exuberante follaje y de ramas altas, del cuál pendía una sogá a efectos de poder ajusticiar al día siguiente a un indio, poca cosa en esos días, ya que se había robado unas hogazas de pan para su hogar en casa del mayoral para quién servía, el cuál lo había descubierto y acusado.

A excepción de este futuro y negro episodio, nuestro visitante tendría también la vista del mercado al aire libre que desarrollaban los indígenas, vendiendo sus cosechas y que muchos se aparcaban bajo el frondoso árbol a fin de protegerse del inclemente y ardiente sol que en esos días azotaba el pueblo de Puerto Almendros.

Más hacia el horizonte, se podían notar las azules montañas que daban inicio al sistema montañoso de la región, lugar dónde la conquista aún no había podido establecerse.

Sin importarle todos estos acontecimientos, el recién llegado prefirió seguir tendido en el lecho cuan largo era y meditar un poco y si fuese posible también, recobrar algo de sus fuerzas.

Más no le duró mucho tiempo su sueño y su soledad, pues al cabo de un rato, fuertes golpes en la puerta lo sacaron de su letargo.

Al levantarse y abrirla, se encontró con un caballero o al menos eso le parecía, de estatura alta, blanco, de unos cuarenta años, de complexión robusta, de ojos pequeños y de dónde se deslumbraba una fuerte mirada que se complementaba con su carácter indómito y rebelde. Sus labios ocultos por un cuidado bigote, no dejaban mostrar sonrisa alguna en ellos.

— ¡Mis congratulaciones milord! Noto que ya habéis tomado posesión de la habitación —le dijo.

—En efecto caballero y me siento ya muy cómodo en este lugar, así que, si me disculpáis, seguiré en lo que estaba haciendo —le contestó.

— ¡Vaya! —Todos vosotros sois siempre iguales, creéis que por tener alcurnia o de venir de extraños sitios, tenéis todos los derechos para abusar de quién os plazca, más en este lugar, habéis topado con alguien que os pondrá en vuestro verdadero sitio, ¡el suelo!, dado que ésta es mi habitación y a punta de golpes o de espada si fuese necesario, os sacaré de mi pequeño, reino.

— ¡Muy interesante es vuestra perorata! —Pero antes de lidiarnos a destrozarnos nuestros cuerpos, decidme, ¿con quién tendré el privilegio de intercambiar los golpes de mi espada?

— ¡Soy John Mc Greggord! —contestó.

— ¿Escocés, acaso? —preguntó el forastero.

— ¡Así es! —Ahora es vuestro turno.

— ¡Soy Aarad! —contestó.

— ¿Aarad?, ¿Aarad?, ¿acaso tenéis algo que ver con ese legendario Aarad, al que muchos llaman el Águila Errante? —le preguntó el Escocés.

— ¡Ese mismo!

— ¡Por San Jorge! —repuso el Escocés. ¿Y qué os trae por estas alejadas nuevas tierras? —Sois famoso en todas las cortes de Europa y dejar nombre y fortuna como para volver a empezar, sinceramente no es muy natural.

—Primero pasaos, después de todo, esta era vuestra habitación.

—Y lo sigue siendo, no creáis que lo he olvidado —contestó el Escocés.

Al acto pasó, y quitándose el pequeño sombrero con pluma de color verde, lo tiró sobre la cama mientras se acomodaba en una silla.

—Vuestra merced, dirá, más antes milord, espero no os molestéis si enciendo mi pipa para echar un poco de humo, se dice que es bueno para meditar.

— ¿Humo? —extrañado Aarad se le quedó observando.

— ¡Ah! —Olvidaba que de seguro no sabéis mucho sobre el tabaco, una planta aromática que se ha exportado al viejo mundo, aunque no sé para qué, dado que no se puede echar humo porque muchos lo consideran un acto diabólico. Afortunadamente, en esta zona adelantada en el tiempo, está permitido y gracias a ello hemos aprendido de estos indios a quienes erradamente llamamos salvajes, a usarla. Lo gracioso de todo esto milord, es que a veces pienso si nosotros no seremos los verdaderos salvajes, pero disculpad mi interrupción y decidme, ¿por qué demonios os halláis en este olvidado lugar?

—Eso es fácil de explicar caballero. No es un secreto para nadie que siempre quise ser conquistador de alguna nueva tierra. Estando en una campaña al tomar una aldea, uno de los prisioneros solicitó hablar conmigo, me comentó a cambio de que le perdonara su vida, sobre ciertos rumores procedentes de excelentes fuentes de que en esta parte del nuevo mundo se planeaba una expedición sin el consentimiento del rey, y esto amigo, para un hombre que no tiene bandera es un señuelo bastante atrayente, máxime por todas las diversas circunstancias que este desenlace pueda atraer.

— ¡Sin duda alguna os gusta el peligro! —repuso el Escocés asomando una leve sonrisa en su rostro. Y ya que me habéis caído simpático, os diré que tenéis razón, es en este puerto en dónde se están construyendo unas naves especiales para buscar oro, más allá del horizonte del mar que podéis ver allá afuera.

— ¿Y vos como lo sabéis? —preguntó.

— ¡Simple y sencillo! —Yo soy el ingeniero que las está diseñando —repuso el Escocés.

— ¿Vos las diseñáis?, ¿acaso sois un escocés traidor a la corona inglesa?

— ¡No! —Primero que todo soy escocés y no un súbdito inglés, además no compagino con todas sus ideas, máxime que fui señalado como poseso y loco por el Lord del Mar, cuando les ofrecí mis planos de las naves.

— ¡Ah, ya voy comprendiendo! —Y dime, ¿por casualidad no tenéis que ver vos acaso con ese famoso rebelde por el que ofrecen una sustanciosa recompensa los ingleses por su cabeza?

— ¡En efecto! —Simplemente porque demostré algunos meses después en una pequeña batalla, que una de mis naves podía hundir cuatro o cinco galeones ingleses.

— ¡Y a fe mía que lo hicisteis! —Dejasteis muy mal parado a todos los encopetados encargados de la marina inglesa, al punto que se comenta que hasta la misma reina

sacaba espuma cuando se enteró del hundimiento de varias de sus naves —acotó Aarad asomando en su rostro una pequeña sonrisa.

—Precisamente por eso fue que desaparecí del ambiente de las cortes, no vaya a ser que, por alguna de esas novelescas ideas, que a cambio de algo yo os doy esto, salga mi persona a relucir. Comprenderéis de esta forma caballero, el por qué decidí extravíarme en las nacientes colonias que perder la cabeza en alguna de las mal llamadas ciudades civilizadas. Así que de incógnito me embarqué en una nave que saldría de España hacía la Española y de ahí a otra, siempre en el anonimato, llegué hasta alcanzar el Puerto de Matina sí es que a "ese lugar" se le puede llamar puerto. Una vez en ese sitio y gracias a la ayuda de un buen amigo quién me comentó sobre la existencia de un poderoso caballero el cuál podría encontrar tierra adentro y de quién posiblemente obtendría algún beneficio para mis proyectos navieros debido a su codicia incommensurable, emprendí finalmente el viaje en compañía de otros pseudo colonizadores, cruzando de esta forma las extensas regiones hasta llegar a este inexistente puerto para los ojos del rey de España. Como veis, así como vos, vienen muchos inmigrantes en busca de una oportunidad ya sea de fama, fortuna, tierras, pero, principalmente, a ocultarse de la justicia. ¿Pero antes de seguir, decidme, vos arribasteis solo?

— ¡Así es! —le repuso Aarad. Por cierto, ¿existe algún lugar por aquí en dónde se pueda saciar esta sed ocasionada por el agua?

— ¡Por supuesto! —En la fonda que está ahí abajo, nada más seguidme.

Después de haber bajado unos escalones entraron en un gran salón dónde casi unido a la pared, había sendos barriles en fila y encima de éstos, una larga y dura tabla que venía a realizar la función de repisa. Sus lizas paredes de color blanco marcaban la ausencia de cuadros que hacían que el lugar fuese bastante sombrío, asimismo las largas mesas de madera con su respectiva banca, no dejaban que las conversaciones fuesen privadas a excepción de aquellas que eran independientes y que usualmente siempre estaban en un rincón vacías, dado que la bebida servida en ese sitio costaba un poco más, esa era la gran idea del fondero para aquellos que buscaban un poco más de intimidad y de paso, echarse al bolsillo unas cuantas monedas extras.

Como la fonda estaba casi vacía a excepción de dos parroquianos que hablaban en un extremo de una de las mesas, nuestros amigos optaron por sentarse en las bancas de las mesas grandes, frente al fondero Manuel, de dónde le advirtieron que trajera el mejor vino y, sobre todo, en exceso.

Doña María, al notar al nuevo inquilino, así como su imponente porte, se comenzó a acomodar su cabello y a lanzarle provocativas miradas desde un rincón de la barra, su lugar preferido, el cual ella tenía predispuesto cuando llegaba a ayudar a su esposo.

— ¿Y decís que vinisteis sólo? —díjole el Escocés.

— ¡Así es! —Hice casi el mismo recorrido que vos, a excepción que primero llegué a Nueva España. Realmente un hermoso lugar y en dónde me impresionó las huellas del imperio extinguido de los aztecas, pero advirtiéndome que mi sola presencia pudiese ser reconocida, opté por embarcarme mejor en otra nave con rumbo al sur, de esa manera llegué al puerto del que vos hablasteis anteriormente y el que sinceramente no me agradó. Sin embargo, no sé por qué me dio por explorar sus alrededores y cuando estaba en la taberna de esa aldea, un sujeto a quién nunca antes había visto, se me acercó muy tranquilamente y tras una breve conversación que entabló conmigo, me confió cierta información acerca que en esta comarca se había levantado un pueblo con su muelle del que casi nadie tenía conocimiento y que desde ahí zarparían enor-

mes navíos. Ese testimonio, sumado a la información que ya poseía, me daba pues el lugar geográfico con el cuál no contaba anteriormente y que, sin él, creo que hubiese sido más fácil hallar una perla en los barrios pobres del mismo París, que encontrar el pueblo que casi nadie sabe dónde está en todas las posesiones españolas en América.

— ¡Topasteis con buena estrella milord! —dijo el Escocés.

— ¡A fe mía que sí! —Pero todo gracias al extraño que me dio la faltante información.

En ese momento Manuel llegaba con las charolas con dos vasos de barro y una botella.

—Brindemos por vuestra gran suerte la cuál espero opacarte dentro de poco —alegó el Escocés.

— ¡Brindemos!

—Una pregunta más milord, decías que cuando estuvisteis en Nueva España optasteis mejor por retiraros a efectos de no ser reconocido, ¿pero por quién? —preguntó el Escocés.

— ¡Sencillo de explicar es! —Creo que has de saber que cuando obtuve la información con aquel prisionero, fue dado a que fui yo quién arrasó la ciudad y ésta estaba protegida por fuerzas españolas, por eso fue que me enteré de todo lo que acontecía, dado que aquel prisionero prefirió hacer un trato antes de ser torturado y muerto como era lo usual.

— ¡Ah! ¡Ya os voy comprendiendo! —En Nueva España visteis testigos quienes podrían atestiguar que erais enemigo del pueblo español, ¿no?

— ¡En efecto! —contestó Aarad.

— ¡Vaya! —Con todo lo que habéis expuesto me supongo que sois protestante, pues los españoles aún son católicos.

—Ni lo uno ni lo otro, pues considero que el oro no distingue creencias y bien sabéis que, sin éste, no coméis, mucho menos vestís y en nuestros tiempos es preferible a mi juicio, conservarse tanto fuerte como físico que espiritualmente, después de todo, lo religioso no va a detener el golpe de una espada —le contestó Aarad.

— ¡Grandioso milord, grandioso! —Lo que decís es muy cierto, más decidme, ¿quién ganó entonces las tontas guerras religiosas en Europa? —clamó el Escocés.

—Entre armisticio y armisticio yo diría que ninguno —repuso Aarad. Ya que los partidarios de las ideas reformistas de Lutero, así como los admiradores de la rigurosa teología que ha expresado Calvin, siempre van a ser opuestas a las que vaya a dictar el Papa que esté en ese momento en el trono religioso y mientras eso suceda, siempre vamos a tener fuegos artificiales.

— ¡Otra botella milady! —le gritó el Escocés debido a que el esposo de aquella en ese instante se encontraba atendiendo a los otros parroquianos que ahí se hallaban.

— ¡Con todo gusto! —le respondió y apresurándose tomó una de las charolas, poniendo en ella la botella y se fue a donde estaban nuestros visitantes a dejarla.

— ¡Gracias milady! —dijo el Escocés.

—No hay porqué y espero que os halléis bien vuestro amigo como vos —le contestó con dulce voz.

— ¡Por las ruinas de Balquhain! Puedo aseguraos qué nos hallamos estupendamente bien —le repuso el Escocés.

—Y sí no es mucha la indiscreción, ¿me gustaría conocer el nombre del caballero recién llegado? —con ojos de curiosidad preguntaba la mujer.

—Soy simplemente Aarad respetable mujer, un inquilino más de la fonda del tabernero, que, por cierto, ¿acaso él es vuestro padre? dado que vuestras acciones las vigila celosamente.

El Escocés comenzó a reírse en ese momento, actitud que indignó a la mujer, quién se retiró bruscamente.

— ¿Qué fue lo que dije, que os causó tanta gracia y que ella se molestase? —le preguntó Aarad al Escocés.

— ¡Nada caballero! —Vos no tenéis la culpa de no saber la vida de los que habitan en este lugar.

— ¿Pero aún así no justificáis que os causó tanta gracia? —alegó Aarad.

—Lo que sucede milord, es que la mujer que desde hace rato os ha estado observando, sencillamente es la esposa del tabernero —contestó riéndose aún el Escocés.

— ¿Del anciano ese?

—Así como lo oís, por ello como veis no hay necesidad de ir a pelear por dinero en el caso de las mujeres, nada más se requiere de un zonzo y las tenéis todas realizadas, luego con su ya característica astucia, hacen finalmente que el hombre se comporte como ellas quieran y es a partir de ese momento, que son las dueñas de todo —le expresó finalmente el Escocés.

—Visto de ese modo, no hay la menor duda —argumentó Aarad.

En ese momento, la voz del tabernero interrumpió el suave ambiente en que se hallaban nuestros personajes, dado que los gritos que estaba vociferando eran porque un indio había tenido la audacia de entrar en su recinto, motivando con ello a que toda la atención se llegara a centrar en esa escena.

— ¡Salid, que yo no atiende a las bestias salvajes! —le gritaba.

— ¡Perdonadme mi señor! —Vengo mandado del muelle a...

— ¿Cuántas veces os he dicho que no quiero ver vuestra asquerosa inmundicia de presencia en mi taberna? ¿O es qué deseáis sentir como os saco con este cuchillo vuestras apestosas entrañas? — exclamaba el tabernero al tiempo que se lo empezaba a blandir con la mano cerca del rostro. Quizás es la forma en que podéis comprender cuando un ser superior os da una orden.

— ¡Lo siento señor! —Solamente quiero... —y señalando adónde se hallaba el Escocés dio un paso hacia adelante.

— ¡Esto ya es demasiado! —dijo el tabernero. Ahora mismo lo cerceno y se abalanzó sobre el indio.

— ¡Esperad! —expresó el Escocés interviniendo desde su sitio. Apaciguad vuestra cólera tabernero. Creo que ese pobre amigo viene a darme un simple mensaje, permití entonces que me lo dé.

El temeroso indio entonces se le acercó, con la cabeza inclinada en forma de sumisión y pronunció el mensaje que tenía y que en pocas palabras decía, que necesitaban al Escocés en el muelle. Dicho lo anterior, el indio salió en una forma pausada, pero al pasar cerca del tabernero, alzó su cabeza y con la mirada altiva le hizo sentir que en otra ocasión se volverían a ver las caras, situación que causó temor al tabernero.

— ¡Al parecer me necesitan caballero! —dijo el Escocés. Es menester entonces dejar nuestras diferencias para después, dado que ahora como veis, no es posible solucionarlas.

— ¿Y qué problema podría existir en el muelle para que vuestra presencia sea tan urgente y necesaria? —preguntó Aarad.



—Supongo que algún asunto relacionado con la construcción de la nave —le contestó.

— ¿Estáis a cargo de la construcción de las naves también?

Luego de asentir con la cabeza, el Escocés le repuso:

—El virrey, gobernador, o lo que sea, me paga por crear una nave similar a la que me metió en problemas, aunque claro, un poco más sofisticada y que, además, sea capaz de poder resistir las más imbatibles tormentas que se han de hallar en ese misterioso mar.

—Me gustaría conocer al que os contrató —replicó Aarad.

—Eso es muy fácil, acompañadme entonces —y sacando dos monedas las dejó en la mesa, hoy fuisteis mí invitado —agregó.

Levantáronse y se fueron, más en el umbral de la puerta, el Escocés le dijo al tabernero:

—Todo estuvo excelente, con excepción de vuestros insolentes gritos, los cuáles os recomiendo nunca hacerlos más en mi presencia, podríais quedaros sin garganta y viuda vuestra esposa.

## Capítulo II

Serían alrededor de las cuatro de la tarde cuando nuestros dos conocidos amigos emprendieron el camino, el cual los conduciría hasta el puerto o seudo astillero provisional, en dónde se ejecutaban las labores de construcción.

De la taberna a ese lugar había un máximo de tres leguas que semejarían el doble debido a lo agreste del camino, si es que éste, podía calificarse como tal.

La alta maleza abundaba a ambas partes del trayecto, sin embargo, permitía que pudiese transitar por él, carretas tiradas con bueyes, medio con el que estaban transportaban tanto la madera como otras herramientas pesadas, esenciales para el éxito de las construcciones de las naves.

El sol para ese momento prácticamente daba de pleno en los ojos de nuestros caminantes amigos, pero no con la furia de los rayos abrasadores del mediodía, por el contrario, era un sol, que sin ser quemante era agradable e idóneo para las caminatas.

Pequeños ranchos indígenas construidos a base de hojas de palma y de palos sin clavar, se comenzaban a observar conforme se iban aproximando más a las riberas del litoral, sitio en donde se encontraba la comunidad indígena, la cuál, antes de la conquista, vivían generalmente a base de la pesca, caza, así como de las múltiples incursiones bélicas que realizaban a sus vecinos.

No obstante, la llamada civilización y evangelización habían finalmente logrado transformar a ese pueblo orgulloso de sus victorias como de sus poderosos guerreros, a los que sólo le quedaban en sus recuerdos sus fantasmales épocas de gloria, en un pueblo agricultor, pero sobre todo atemorizado de hacer enojar al Dios de los frailes, ya que generalmente el castigo que éste imponía, era sumamente implacable, incluso, cualquier rebelión o desobediencia se pagaba con látigos o con la misma muerte.

Para cuando nuestros amigos llegaron a doblar el recodo, la gran rada de Puerto Almendros se hacía notable y Aarad quedó admirado de la belleza que ante sus ojos se presentaba.

Un mar azul de aguas cristalinas rompía con delicadeza el blanco manto de la fina arena que se extendía hasta dónde la mirada podía alcanzar y más allá de esa arena adónde el mar es otro espectador, se levantaban hileras de palmeras verdes con sus prodigiosos y sabrosos frutos, lo cuál daba un hermoso contraste con la anterior vegetación que anteriormente había podido observar.

— ¡Es un lugar fantástico! —le dijo al Escocés.

— ¡Sin lugar a duda! —le repuso aquél al tiempo que asomaba una sonrisa en el rostro. Y creo que no es una exageración al decirlo, que cualquier corte importante de Europa se moriría de envidia si alguna de ellas tuviese como escenario este maravilloso paisaje, lógicamente sin ninguno de nosotros, dado que no somos importantes para esas olvidadas naciones, mucho menos para sus soberanos, los cuáles, lo único que les interesa es poseer ese vulgar metal amarillo, el cuál les va a ayuda a crear poderosos e invencibles ejércitos con el fin de aplastar al vecino que tengan, algo muy común que de seguro ya pudisteis observar cuando caminabas en los campos europeos, y que afortunadamente, mientras no se localice alguna veta importante en esta olvidada zona, esta región siempre será casi inhóspita y desconocida en el concierto de la codicia.

Mientras le iba hablando el Escocés, Aarad observaba el ancho mar y principalmente adónde sobresalían cuatro pequeños puntos que se movían hacia la costa. El Escocés viéndolos también, le aclaró que son los pescadores indígenas que volvían de su difícil labor.

—Atracarán detrás de aquel promontorio de rocas que observáis enfrente, ahí les diseñé una especie de muelle y es dónde precisamente también hallareis mi humilde botadero de naves —agregó el Escocés. Como la marea está aún alta, debemos de adentrarnos en la alameda de las palmeras y así llegaremos por el frente.

Al llegar al lugar, Aarad notó la mano emprendedora del Escocés, quién levantó de una selva virgen, toda una especie de explanada en dónde sobresalía ya una enorme estructura, ligeramente acabada de una de las naves diseñadas por aquél.

El extraño astillero construido daba la semejanza a una especie de hormiguero por los hombres en su labor, unos iban de un lado a otro transportando su carga, otros martillaban, cortaban, y aserraban, otros ponían en posición el bauprés.

Aarad, que en su mirada nunca mostraba signos de sorpresa, quedó un poco impresionado no por el trabajo que ahí se estaba desarrollando, sino por la extraña nave que se erigía ante él, la cuál lo motivó a comentar:

—Vuestra extraña creación de madera es excepcional, algo nunca visto. Realmente se justifica la gran recompensa que ofrecen los ingleses por vos. Vuestra enorme fama, es conocida por todos aquellos que ven en vos el símbolo de la lucha contra las adversidades y las injusticias. Sinceramente es un verdadero honor poder estar con el "Jinete de la Muerte" en su anonimato.

— ¡Honor que me hacéis, caballero! —le contestó el Escocés inclinando un poco su cabeza.

En ese momento, el capataz, de frente amplia, de carácter fuerte, característico por su labor, de contextura gruesa y que oscilaba entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de piel morena, se acercó adónde el Escocés con rapidez para preguntarle en relación con la nave principal.

—Señor, ¿la toldilla será del todo liza o esperáis hacerle una adición más?

—Momentáneamente hazla como la he diseñado, deseo terminar lo más pronto posible y poder salir para la próxima luna llena, ¿creéis que para entonces estará todo terminado?

— ¡Totalmente acabado y en el agua! —respondió alegremente el capataz. Lo que sí dudo, es que tengáis gente para adentrarte en ese peligroso y desconocido océano. Se dice que existen enormes y horripilantes monstruos de muchos brazos que son capaces de destrozar la más fuerte nave.

— ¡Pamplinas!, ¡al diablo con toda la superchería! —Eso es lo único que el tonto de ese fraile ha inculcado en toda esta manada de iletrados —con enojo balbuceaba el Escocés. ¿No le basta con embrutecer todavía más a esta pobre gente? ¿Cuánto más necesita? ¡Es verdaderamente increíble!

—Calmaos amigo mío, calmaos, nada ganáis con enojarte —sentenció Aarad al ver tan enojado al Escocés.

—Vaya, a pesar de que peleasteis contra los españoles, creo que nunca habéis oído hablar de Torquemada y su gran legado llamado Santo Oficio.

—Os soy sincero, no, no creo haberlo visto en el campo de batalla y por los cuernos de Aritea, que he estado en muchas —le contestó.

El Escocés, rióse abruptamente.

— ¿Nuevamente os reís de mí por alguna razón?

— ¡Es que es gracioso! —Torquemada nunca peleó que yo supiese con nadie excepción de consigo mismo, dudo por eso que haya estado en un campo de batalla. Afortunadamente hace mucho tiempo que fue llamado a dar cuentas al creador, aunque pensándolo un poco mejor más bien diría que al mismo demonio. Mucha gente que lo conoció dice que era un religioso tan consumado y que, por lo tanto, había que consumir a las víctimas en el fuego purificador en el nombre del Santo Oficio. Y todavía nos jactamos expresando que el pobre Atila era un vulgar asesino sediento de sangre. ¡Francamente es un mundo extraño en el que vivimos! —Por no coincidir en algo o con alguien influyente, sólo vamos a tener dos opciones: o simplemente aceptamos sin protestar lo que nos proponen o nos queman en la hoguera, por supuesto, antes debemos de sufrir primero los más desalmados tormentos, ¿y todo por qué?, yo os lo diré: ¡por el maldito fanatismo de la religión!

En mi país, la reina María, más conocida como la Sangrienta, ordenó la ejecución de mi familia a ese cruel tormento, entre ellas a una niña inocente de nueve años, que debido a su inteligencia, los “sabios curas” que conformaban esa maldita Santa Inquisición dictaminaron que estaba poseída y mientras eso estaba ocurriendo, este bestia que tenéis al frente, intentaba ofrecer sus servicios así como los planos de naves un poco similares a la que estais viendo enfrente, al encargado de la marina real del rey y éste categóricamente, los rechazaba por considerarlos totalmente utópicos, dignos del más grande demente. Humillado, avergonzado y al final perseguido, intenté regresar a mi hogar ubicado en un extenso y hermoso valle entre las montañas Higland. Ya podéis imaginar la horrible sorpresa que llegué a encontrar, todo estaba destruido, arrasado, tan sólo dejaron humeantes ruinas como mudos testigos de los sangrientos acontecimientos que ahí se desarrollaron. Por suerte, algunos fieles y leales sirvientes pudieron darle cristiana sepultura a mis seres amados que murieron... ya poderos imaginaros cómo —agregó finalmente el Escocés agachando la cabeza al tiempo que se la sujetaba con las dos manos.

— ¡Ánimo! —Muchas veces la vida nos presenta facetas un poco difíciles, incluso crueles, sin embargo, no hay duda de que sois un ejemplo vivo de la misma superación, ya que habéis hecho morder el polvo a vuestros acérrimos enemigos y buscáis como hacerlo más —comentó Aarad.

— ¡Y a fe mía que lo haré! —Pero mirad —señalando a un personaje que estaba hablando con otros obreros —ese es el que ha ideado todo este movimiento, por supuesto con el mismo oro de los españoles que es robado en el Caribe —expresó mostrando una sonrisa. ¡Seguidme!

— ¡Buenas tardes, señor Gobernador! —dijo el Escocés al acercársele.

—Buenas tardes tengáis vos y vuestro amigo, el cuál es el nuevo forastero de nuestra comunidad, al cual me place daros la bienvenida.

— ¡Gracias milord! —repuso Aarad.

El Gobernador empezó a observarlo con sus grandes ojos cafés con una característica mirada digna de los animales de rapiña, a los que intentaba ocultar en unas no muy espesas cejas.

De nariz aguileña y de boca pequeña, no se le mostraba indicio alguno de barba ni bigote en su blanco rostro. Su vestimenta mostraba el lujo que ostentaba y del cuál se jactaba. Un enorme medallón colgaba de una hermosa cadena de oro en su flaco y enclenque cuerpo, que, a pesar de contar con treinta ocho años, parecía ya de cincuenta. Llevaba un blusón de manga larga de seda amarilla y apretado en su talle por el cinturón que tenía la larga espada en su cinto, espada que a pesar de la empuñadura de oro que lucía, no había sido nunca desenvainada en peleas o en afrentas de amor. Su pantalón negro llegaba a confundirse en sus largas botas, también de color negro, las que no pudo evitar que se le ensuciaran en el reciente lodazal por el cual tuvo que pasar.

— Y bien John, ¿quién en definitiva es vuestro amigo?

—Permitidme presentároslo. Es Aarad, un héroe que en toda Europa es conocido con el nombre del Águila Errante.

—Toda una famosa reputación os precede, oí de vos y vuestras hazañas cuando estuve de visita en la madre patria hace ya unos cinco años —exclamó el Gobernador.

—Ahora amigo mío —repuso el Escocés —os presento, al magnánimo, excelentísimo emperador y gobernador de toda esta zona, don Antonio de Álvarez.

— ¡Gusto en conoceros! —dijo Aarad inclinando apenas levemente su cabeza.

— Y decidme, ¿qué os ha traído a mis extensos dominios? —le preguntó el Gobernador.

—Para comenzar, me trajo Mafis, un leal y estupendo compañero —contestó Aarad.

— ¡Por el monstruo del Loch Ness!, ¿Y en dónde lo dejasteis? —exclamó el Escocés.

—Sí la niña se lo llevó, entonces ¿adónde más, si no en el establo?

— ¿En el establo? —respondieron el Gobernador y el Escocés al unísono.

— ¡Lógico!, ¿dónde vuestras mercedes pensarían que iba a guardar a mí equino amigo?

— ¡Vaya! —Además de ser buen guerrero, también sois bromista —repuso el Escocés.

— ¡Dejad que continúe su historia! —exclamó riéndose el Gobernador.

—Como ya le he relatado al Escocés, me propuse venir hasta estas nuevas tierras en busca de otro tipo de aventuras que no se puede hallar en las cortes europeas, en las

cuáles solo podréis hallar el esplendor a consecuencia de las tradicionales guerras y todo eso ya lo he experimentado.

—Acá podréis encontrar todo eso que posiblemente andáis buscando, más hay un pequeño inconveniente, ¿quién os recomienda? —le preguntó el Gobernador.

—¿Recomendar? —exclamó sin comprender Aarad.

— ¡Efectivamente caballero! ¿No vais a suponer que, por el simple hecho de llegar a Puerto Almendros, buscar colocación y decir el nombre de un excelente guerrero, vais a entrar en un proyecto importante de los que yo estoy pagando? ¿Quién me asegura que sois en verdad ese guerrero que dices ser o que no sois un espía del señor Cavallón que está al norte y que tiene otros propósitos coleccionistas y que, en resumidas cuentas, no difieren de los míos? No he de sospechar también, ¿que podríais ser un enviado del rey de España, Felipe II o de alguno de sus íntimos colaboradores y a la sazón, enemigos declarados míos, quienes a pesar de toda la gran distancia que he puesto entre ellos y mi persona, todavía buscan a toda costa mi destrucción?

Entonces milord, ¿quién será el que os recomiende? —finalmente terminó preguntando el Gobernador.

Aarad, mientras le hablaba el gobernador, meditaba, y en su frío semblante no se mostraba ninguna alteración que presagiara duda, ni certeza. Sus ojos miraban el atardecer sobre el horizonte de la mar en una actitud sumamente contemplativa, parecía que su mente en ese momento se hubiese separado de su cuerpo y trasladado a otro sitio.

—Milord, ¿os pasa algo? —preguntó el Escocés.

—No...estaba meditando en otras cosas, os ruego que me disculpéis —le contestó al tiempo que volvía a ver a de Álvarez. Ahora en relación con mis recomendaciones, os diré que no porto ninguna daga que nunca las he necesitado. Considero que nadie más que la propia persona de uno puede decirnos si es buen o mal soldado, honrado o ladrón, criminal o verdugo. Yo lo demuestro en las campañas, dado que, ante todo, soy soldado, pero sobre todo un caballero, algo que vosotros sin ofender a los españoles habéis olvidado hace largo tiempo debido a sus sarcasmos religiosos —concluyó Aarad.

— ¡No pudisteis decirlo mejor! —argumentó el Escocés. ¡Y por las catacumbas de los gnomos, que tenéis en todo mucha razón! —Yo lo recomiendo Gobernador. Un hombre con esos pensamientos bien vale toda una tripulación, así que, si no hay más que decir, nos esfumamos, la noche ya pronto caerá y detesto que me confundan con la luciérnaga.

— ¡Muy bien! —Vos seréis el responsable de las acciones de vuestro protegido, ya sabéis que os pasará si no son las idóneas para mis propósitos —repuso el Gobernador.

— ¡Ya lo sé, no tenéis que decírmelo! —le contestó el Escocés sin prestarle mucha atención y dando media vuelta junto a Aarad emprendieron el regreso.

Mientras regresaban hacia la fonda por otro camino, el Escocés le preguntó a Aarad:

— ¿Qué os pareció el tipo ese?

—Os soy franco, prefiero confiar en un escorpión que en una persona que cuando habla no os sostiene la mirada, además, se nota que su sed de poder es tal, que no le importaría usar cualquier método para obtener lo que desea.

— ¡Opino igual que vos! —repuso el Escocés.

— No os comprendo, ¿entonces por qué estáis con él?

— ¡Por lo que vos también lo estaréis! —Por llegar de primeros a otras nuevas tierras y descubrir sus tesoros —dijo el Escocés. Lo que nos deja, que es menester aguardar para otra ocasión nuestra pequeña diferencia sobre la habitación, por supuesto sí no os molesta esperar. ¿Por cierto? —Es preferible que evitéis hablar acerca de vuestras últimas aventuras, dado que éstas tardaran mucho en oírse por estos sitios, lo que nos dará la oportunidad de desaparecer.

—Entonces amigo mío, brindemos en la fonda porque tengamos una larga vida en el escabroso proyecto en que acabáis de embrollarme —exclamó finalmente Aarad.

— ¡Qué así sea! —le respondió.

Finalmente, los dos riéndose, empezaron a alejarse.

### Capítulo III

— ¡Bajad las velas y tirad el ancla! —Apresuraos a que toda esta escoria humana abandone la nave, ¿me oísteis bien señor Núñez?

— ¡A la orden mí capitán! ¡En vosotros, los de la baranda! —A ver sí empezáis a recoger todas vuestras pertenencias para dirigiros a tierra.

— ¡No faltaba más señor Núñez! —Para nosotros será un verdadero honor el poder abandonar esta vulgar ratonera, bien es cierto que la necesidad tiene cara de perro, ¿no lo creéis así hermano?

—Si vos lo decís, sin embargo, me parece que deberíamos de estar sumamente agradecidos de haber llegado con bien, gracias sobre todo a la sabiduría y perseverancia de esta gente, ayudados sin duda por Yahvé.

— ¡Teníais que salir con eso! —Realmente es Alá el que nos está guiando. ¿Realmente no sé como mi padre se pudo haber equivocado de vagina y haber procreado en una mujer infiel? ¡De seguro el demonio hizo de las suyas!

—Sea lo que sea Amir Yusuf, estamos pagando los dos un extraño castigo.

—Sí es de pagar algo, hacedlo entonces sólo vos, después de todo, sois el que maneja el dinero y muy diestramente —contestó Yusuf

—No os enojéis y procurad calmaos, después de todo como que vuestra vestimenta no está de acorde con las costumbres de este nuevo mundo —le repuso Mosché.

Colérico, volvió mejor a apoyarse en la baranda para seguir observando el océano. Vestía Yusuf, un largo manto negro con su turbante, y mostraba en su semblante un vigoroso carácter. De unos treinta y nueve años, de mediana estatura, de una tez trigueña, en dónde le sobresalían unas cejas negras y tupidas en las cuáles se escondían unos ojos color miel, los cuáles hurgaban el nuevo puerto con ávido interés.

No pasó mucho tiempo para que su hermano Ben Mosché lo volviese a interrumpir de su meditación cuando se le aproximó y le dijo que estaba totalmente listo, como de igual forma también el equipaje de ambos.

A diferencia de Yusuf, Mosché vestía una blusa blanca de seda, unida a un bombacho calzón y unas cotas negras que se le complementaban a las zapatillas de cuero.

—No sólo en el desierto se ven espejismos —inquirió Yusuf luego de observarlo.

—Lo he hecho así para no llamar mucho la atención.

—Ya echan el bote al mar, apresurémonos para abandonar esta ratonera —dijo Yusuf que corriendo bajó unas escaleras y de un salto, estaba ya dentro del bote. ¡Traedme mis valiosas pertenencias y bajad ya! —exclamó.

—Enseguida iré, más antes quisiera agradecerles a...

— ¡O me hacéis caso, o a los que vais agradecer serán a los tiburones y sí algo sobra, será para los cangrejos! —vociferó bastante enojado Yusuf.

Casi de inmediato, Mosché estaba en el bote.

— ¡Eh, señor Núñez! —gritaba Yusuf. Os agradezco vuestras finas atenciones, pero lo que es al capitán, poderos deciros que le deseo que algún salvaje lo tome como platillo principal y no deje ni los huesos.

— ¡Así lo haré señor Yusuf, pierda cuidado! —y saludando con la mano levantaba se despidió de los pasajeros.

El bote no tardó mucho en llegar a la playa y sorteando las últimas olas llegó hasta tocar la arena.

Yusuf para variar había saltado y se encontraba plácidamente en la playa observando como estaba siendo mirado por la poca concurrencia que ahí se encontraba.

Mosché quien no era muy fornido ni musculoso, de apariencia frágil, de ojos azules, de tez blanca y en dónde se le destacaba una perfecta nariz perfilada, orgullo y característica de su raza, simplemente esperaba que Yusuf lo volviese a ver para que le ayudara a bajar los equipajes. Miraba como aquél, estaba muy ocupado viendo a unas nativas que solo se tapaban sus partes íntimas, dejando sus pechos descubiertos. Tuvo que resignarse a bajar todo él solo, dado que ni los dos marineros que remaron el bote lo ayudaron.

— ¡Mirad Mosché! —Tal parece que la civilización aún no logra asomarse en estos parajes —argumentó Yusuf señalando a las indígenas.

—Como que vosotros los árabes, sólo piensan en ver lo que no deben —respondió Mosché.

—Al menos vemos mujeres y las admiramos, no amamos las monedas sobre todas las cosas como vos y vuestra raza —expresó Yusuf. Pero no discutamos más, preguntad a aquél pescador en dónde se puede hospedar uno, que yo mientras tanto observaré y cuidaré de nuestras pertenencias.

—Por supuesto, más no canséis tanto vuestra vista —argumentó Mosché.

Una vez que caminó unos cuantos pasos, estuvo frente a un pescador que tranquilamente arreglaba sus redes.

—Disculpad, mi buen hombre, habrá por acá, ¿algún sitio en que dos extranjeros puedan pasar la noche? —le preguntó el judío.

El pescador sin alzar la vista ni determinar a Mosché, le señaló unas chozas que se veían en la lejanía. Ahí les darán albergue —expresó finalmente.

— ¡Gracias buen hombre! —y se fue marchó presuroso adónde estaba Yusuf.

— ¿Y bien qué os dijo el seudo Pedro ese?

— ¿Pedro?, ¿cómo sabéis que así se llama el señor?, ¿acaso lo conocéis? —preguntó extrañado Mosché.

— ¡Rayos, no! —Lo que sucede es que, para mí, todos los pescadores tienen de nombre Pedro, como el apóstol de los cristianos y que...

— ¡Oh eso! —Por favor, intentad ser un poco más serio.

— ¡Ay infiel! —Sí no fuese por que no puedo regar la sangre de mi propia familia, ya os hubiese hecho picadillo con mi espada hace largo tiempo por vuestras burlas.

— ¡Bueno, bueno! —exclamó Mosché. Recojamos nuestras cosas y empecemos a caminar hasta aquellas chozas que veis.

— ¿Habría alguna taberna por ahí?

— ¡No lo sé! —Lo que buscamos es simplemente en dónde poder guarecernos por esta noche, mañana podremos definir mejor lo que haremos, ¿os parece?

—Muy raramente habláis en una forma centrada y creo que ésta es una de esas esporádicas ocasiones, prosigamos entonces —dijo Yusuf.

La distancia señalada fue recorrida, reinando un silencio entre los dos hermanos, los que preferían ver la flora de la región que intercambiar entre ellos alguna frase.

Al llegar al lugar señalado, se encontraron con varias chozas hechas de palma que, por su ubicación, estaban conformando una especie de arco, sobresaliendo una enorme edificación hecha de madera y en la que, en su punto terminal de ésta, sobresalía una pequeña cruz de madera.

— ¡Preguntemos ahí, quizás nos sabrán responder! —dijo Yusuf.

— ¡Con tal de descansar! —clamó Mosché.

Se acercaron a una de las construcciones y un indígena que en ese momento se encontraba lavando duramente la sucia pared, prácticamente detuvo su labor al advertir como dos seres extrañamente vestidos se le estaban aproximando.

— ¿Podrías decirnos adónde podemos pasar la noche? —preguntó Mosché.

Asombrado por el espanto y paralizado por la visión, el pobre indígena solo pudo señalar una choza, la cuál observaron nuestros amigos.

—Parecemos flechas perdidas —dijo Yusuf.

— ¿Por qué lo decís?

— ¡Sencillo! —No damos en el blanco.

—Os hará bien caminar Yusuf, lo que sucede es que, con vuestra vestimenta, es un poco difícil y caliente a la vez —le dijo Mosché.

— ¡Por Alá! —Mis ilustres antepasados han usado este atavío por generaciones en el ardiente sol del desierto y jamás nadie les dijo una idiotez tan grande como lo habéis dicho vos.

— ¡Siempre hay una excepción! —Así que podéis ir aprendiendo a mí en el arte del buen vestir.

Yusuf prefirió mejor no contestar, se secó un poco el sudor que empezaba a correr por su cara y arreglándose el turbante, llamó en la choza señalada.

— ¡Eh, los del castillo!

Al rato les salió un tosco y rudo hombre, que, con cara de pocos amigos, les gritó:

— ¿Qué deseáis?

— Buscamos un sitio en dónde pasar la noche —exclamó Mosché.

— ¿Qué pensáis que es aquí?, ¿una posada o un monasterio?

— Disculpadnos si os ofendimos, simplemente buscamos...

— ¡Ya lo oí!, ¿tenéis con qué pagar?

— ¡Seguro! —le dijo Mosché.

— Dadme dos monedas.

— Y yo qué decía que sólo había ambiciosos judíos en el viejo mundo, sin embargo, éste es el rabino de todos —decía para sus adentros Yusuf.



— ¡Convenido! —le respondió Mosché al tiempo que dejaba caer dos relucientes monedas en las gruesas y cortadas manos del hombre.

—Tomad la choza que está aquí, a la par, está desocupada y ya no me molestéis más.

— ¡Qué modales de tipo, característicos de un maleducado español! —dijo Mosché a Yusuf mientras se introducían en la choza señalada.

— ¡Válgame!, ¿es de esta forma como los salvajes en este nuevo mundo viven y duermen? —exclamó Yusuf al tiempo que observaba el interior de la choza. Ni una simple cama veo, tan sólo esos miserables pedazos de palma en un rincón.

— ¡Mirad Yusuf! —Acá hay tres hamacas que de seguro se trasponen en estos postes para ser utilizados. Creo que los salvajes de esta zona así duermen.

—Sí ellos pueden hacerlo, nosotros también. Creo que después de todo, no extrañaré el meceo de la ratonera —le contestó el árabe.

Los dos arreglaron sus hamacas y profundamente se durmieron.

La noche ya había caído y las horas transcurrían en la oscura choza, hasta que el ruido de un disparo no muy lejano sobresaltó despertando a Mosché, haciéndole caer de su hamaca.

—Por Alá, qué no me dejáis dormir. Oís un simple tiro y os claváis al suelo como avestruz, ya haz silencio —dijo el árabe.

—Disculpad, pero es que...

— ¡Callaos! —Oigo gritos, jolgorio, risas y si a eso le sumáis disparos, eso indica que por los alrededores hay una taberna.

Tirándose de la hamaca y yendo hasta la ventana, Yusuf empezó a escudriñar la oscuridad.

—Mirad Mosché, el ruido viene de la casa con la cruz.

—Quizás sea que están practicando un rito pagano —exclamó el judío.

—No lo creo, así que acompañadme. ¡Ve por delante!

— ¿Yo?

— ¡Sí vos! —Qué yo os cubro la retaguardia por si hay lobos cerca —le contestó Yusuf.

— ¿Y puedo saber con qué los vais a enfrentar si hubiesen?, ¿acaso con vuestro traje?

—Tengo mi espada por sí lo habéis olvidado —respondió ufánamente Yusuf.

— ¿Y qué les haríais con ella?, ¿simples cosquillas? —le repuso riéndose Mosché.

— ¡Ay! —Empezad a andar o aquí mismo vas a probar el filo de las cosquillas que mi espada puede hacer.

No tardaron mucho en llegar a la puerta de la casa de madera, el judío tembloroso iba a tocar cuando Yusuf lo detuvo y le dijo que abriese la puerta y entrase.

—Pero hombre, ¿estáis loco? —alegó el judío.

—No hay porque preocuparos, yo os voy a estar protegiendo, y no temáis, vuestro Dios y lo más importante, ¡yo!, estaremos prestos a entrar en acción a cualquier grito vuestro.

— ¡A eso es lo que verdaderamente temo! —le dijo Mosché al tiempo que le dirigía una sarcástica sonrisa y arreglando un poco su traje, se armó de valor, cerró sus ojos, abrió la puerta y se introdujo a través de ella.

—Valiente el tipo, pero un poco confiado —se dijo Yusuf.

Al transcurrir los minutos y Mosché no dar ninguna señal de vida, una situación de impaciencia comenzó a alimentar a Yusuf, quien optó por arrecostarse a la pared.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

